

LA QUÍMICA DEL REY

Ro

Sucedió ya hace una semana, pero hubiera debido ocurrir meses atrás; la agonía humana si viene etiquetada con la brevedad, no acaba de desmoronar a quien la sufre ni a quienes lo rodean. Mi abuelo, tras 101 años de resistencia en la peregrinación de la vida, coronel retiradísimo del Ejército de Tierra, artillero vibrante, de los que se enervaban con el himno del Cuerpo, segoviano de cepa hasta el último día de su lucidez, rubricó su emérito paso por la vida hace hoy justamente esos siete días.

Yo soy el hijo único de su único hijo y por tanto su único nieto y también su heredero único, con toda la carga de responsabilidad y el zarandeo administrativo que comporta las conversiones de lo suyo a lo mío sin pasar por la transición de mi padre. Incluso he tenido que solicitar de mi empresa quince días de permiso, sin sueldo, consumidas ya mis vacaciones, para recorrer y enderezar todos los itinerarios de un desorden que se mantuvo ordenado hasta los 96, cuando la sangre se negó a irrigar las terrazas más elevadas de su edificio y muchos de los secretos que guardaba en su casona de la Travesía de los Escuderos, deshabitada desde hacía casi dos décadas, quedaron sin clasificar, acumulados en un desván para el que nunca encontré ese excedente de tiempo necesario para estructurar aquel cosmos de pertenencias que acabaron formando amasijos temáticos.

Me apellido Suárez de Baranda, mi nombre es irrelevante, tengo cuarenta y un años, un único hijo varón, para continuar con la épica genealógica familiar en asuntos de descendencia, y un padre que presiento que no ha heredado la resistencia del suyo y que a sus setenta y nueve comienza a acusar una ralentización en su fluir sanguíneo con parecidas reacciones a la que experimentó el abuelo, pero a esos aludidos 96.

Hoy consumo el día en ese desván, en su desván, a solas con su polvo y mis estornudos; dejándome asombrar y enternecer ante una suma de hallazgos que me han desperezado por igual nostalgia, curiosidad, admiración y lágrimas, más bien lagrimillas porque surgían acompañadas de la sonrisa transitoria de los afectos renovados.

Cuando acontece el crepúsculo, sigo tratando de inventariar sus libros, sus legajos, sus diplomas, sus recortes de periódicos. He declarado al de hoy como día del papel, un papel inevitablemente amarillento, abundante por su condición de lector, casi bibliófago; un papel ingente por la condición de coleccionista del difunto y por su escasa inclinación a depurar su pasado, a aligerarlo de vivencias tangibles.

No omitiré que me he hecho rodear de un número no despreciable de bolsas de basura que prestan a la sala una decoración decadente. Pese a que el llenado de algunas me provoca un cosquilleo próximo al remordimiento, me he propuesto conservar sólo la esencia de quien fue, no reestructurar lo ya prescrito, lo inservible, porque la vida exige renovación, del mismo modo que los dinosaurios acabaron convertidos en petróleo.

Es el turno ahora de la oxigenación de las estanterías donde el papel amarillea todavía más, donde la fragilidad editorial adquiere una propensión a la volatilización en átomos de polvo imposibles de volver a fusionar. Numerosos ejemplares del primer tercio del XX, incluyendo los años de la República, a la que combatió, militarmente, más por geografía que por ideología. Y abundantes ejemplares del XIX: de 1826, de 1814 en pleno regreso del no tan deseado Fernando VII, de 1868, cuando *La Gloriosa*. De temáticas variadas: táctica militar, geografía, náutica, incluso uno de botánica de la sierra de Ayllón.

Los viso uno a uno y los preservo, a ellos sí, de la masacre del reciclaje pese a que soy consciente de que sólo los hojearé en algún tiempo muerto, quizá ni eso. Sumergido en un olvido lateral, casi fosilizado, descubro un híbrido de libro y de cuaderno con apariencia, por presentar todavía un color de piel más anciano que sus adjuntos, de intrigante.

Lo extraigo con la delicadeza de los jardineros, lo manoseo, más bien lo acaricio, con el cuidado de los entomólogos, porque lo percibo quebradizo y porque me causa un respeto parecido que el que siento cuando entro en una de esas ermitas románicas en las que no se paga por acceder. A la vista de su cubierta no puedo reprimir un "hostias" que la buena acústica de la estancia me devuelve con una reverberación que me dificulta reconocerla como mi voz.

ACADEMIA DEL REAL CUERPO DE ARTILLERÍA"

"Un cuatrimestre con la química de Proust"

Alonso de Martín

Segovia - 1792

El asombro me sobreviene no sólo por el año de edición, que rompe incluso la barrera del XIX; sucede que soy, además de segoviano, químico pese a la violenta oposición de mi estirpe (he olvidado mencionar que mi progenitor también de jubiló con el grado de comandante, igualmente del cuerpo de Artillería). Conozco a Proust mucho más allá de su Ley de Proporciones Definidas, formulada en 1795, tres años después de la publicación de este cruce entre libro y cuaderno que todavía no me atrevo a abrir, víctima de uno de esos sobrecogimientos fronterizos con el síndrome de Stendhal. Conozco a Proust también, como todo segoviano afectivo con lo suyo, por el monumento en su memoria emplazado frente a la Casa de la Química y porque quizá haya sido el profesor más insigne, ya no sé si el mejor, que ha tenido esta ciudad bimilenaria. No recuerdo con precisión el periodo en el que impartió su magisterio aquí en Segovia, en esa entonces Academia del Real Cuerpo de Artillería, pero el año de edición me da esa pista para subsanar mi desubicación temporal que después comprobaré.

Ahora me consume la ansiedad por abrir el documento y trasladarme a aquella España de finales del XVIII en la que Carlos IV tuvo la lúcida rareza de importar a un científico y la cotidianidad de nombrar a un favorito, aquel Godoy que acabaría por comprobar que todo favoritismo acaba prescribiendo; no hemos cambiado tanto.

"Segovia, 1 de febrero de 1792.

Mi primer día de clase. Me llamo Alonso de Martín Quirós y aspiro a ser, primero, oficial artillero, para después especializarme en armamento y munición. Es el primer día de clase también del profesor Joseph Louis Proust, un francés del que nos han asegurado que es la más docta autoridad en asuntos de chîmia, al que el rey, SM Carlos IV, ha contratado para que dé brillo y esplendor a esta Real Academia, a la ciudad de Segovia y al Cuerpo de Artillería, tan importante para ganar guerras.

Somos muchos en el aula y no todos alumnos. Hoy, excepcionalmente por ser el día primero, son numerosas las autoridades de todos los estados de la ciudad (ataviadas con sus mejores galas) las presentes en el aula regia. Nosotros, los futuros alumnos ordinarios después de este discurso de inauguración, debemos rondar por los sesenta.

Tanto esas primeras personas de la villa como los cadetes estamos ávidos por comprobar si la fama del galo es merecida. Pese a que yo guardo un silencio respetuoso, el murmullo se corta de cuajo cuando se abre la puerta y aparece en primer término, acompañado de un cortejo de tres varones, un hombre de mediana estatura, de nariz prominente y mentón egregio, de pelo largo, rematado por un moño que se recoge más abajo del cuello, ya tendiendo la coloración demasiado a grisácea para esos treinta y siete años que nos han informado que tiene.

Estalla un aplauso general. El químico gestualiza con la mano para acallar las palmadas y cuando se hace el silencio hace sonar su voz. La modula timbrada, incluso convincente sólo por el tono. Saluda primero a los presentes insignes en un castellano más que solvente

con un deje francés característico. Después nos alude a nosotros, sus ya alumnos. Y continúa agradeciendo al rey de España su confianza. Resume a continuación, con brevedad, su trayectoria como químico y... antes de que transcurran quince minutos de alocución ya me he percatado de que estoy en presencia de un gran hombre..."

No puedo reprimir un wow sonoro que me retorna biensonante ante aquella primera lectura de lo que parecen las vivencias personales de un alumno de Proust de hace 225 años. Qué documento, exclamo, como si aquel desván fuera mi interlocutor. Mi abuelo jamás hizo mención a que poseía este ejemplar y ahora dispongo de hilos ni de indicios para investigar su procedencia. Todavía en estado de ensoñación, cierro momentáneamente aquel cuaderno-libro con un mimo redoblado, al estilo de los talladores de diamantes, para que la pieza no acuse que alguien la acaba de resucitar de un posible letargo de décadas.

Elucubro qué hacer con él, dónde reasentarlo, qué fin debo darle, pero la curiosidad por reabrirlo y continuar con la lectura se sobrepone a las salpicaduras que me producen las diferentes especulaciones.

Y lo reabro. Por una página al azar, con parecido miedo al que experimenté cuando cogí en brazos por primera vez a mi hijo neonato.

"Es 3 de marzo, la ciudad ha amanecido con casi media vara de nieve. Dificultoso transitar por la ciudad con aquel espesor. Por fortuna para el desenvolvimiento de las enseñanzas, tanto los cadetes como el profesor Proust nos hospedamos aquí, en el Alcázar, él en las dependencias nobles.

Es abnegado. No ha fallado un sólo día. Ni yo tampoco. Ni siquiera ese día de hace dos semanas cuando la fiebre me amenazaba con el desmayo. Ni siquiera ese quise perderme el magisterio del francés a pesar de que guardo más brumas que recuerdos de esa mañana. La nieve no va a ser impedimento para que hoy demos término al experimento con el

carbonato de cobre, con el fin de utilizarlo como pigmento para paredes, con la consiguiente mejora del aislamiento.

Proust es un genio. Maneja las proporciones de los elementos con un instinto que no es casual sino fruto de sus muchos trajines con ellos. La chîmia parece no tener secretos para él. Enriquece escucharle con qué naturalidad engarza los conceptos, cómo desbroza los porqués, su facilidad para argumentar y contrarrestar aquello que no se ajusta a las leyes de la chîmia. Si Dios es chîmico, sin duda es Louis Proust.

No es frecuente una nevada tan copiosa y la ocupación de las ventanas es motivo de disputas entre mis compañeros de arma. Hasta que un leve chirrido acompaña la puerta al abrirse y entra Proust. Con una capa gris oscuro y sombrero a juego. Su rostro presenta un aterimiento bermellón que en lugar de provenir de la necesidad de tener que cruzar la intemperie del patio de armas, podría ser también atribuible al vino. Pero son las nueve de la mañana y el galo afirmó un día que era moderado en el comer y más moderado aun en el beber.

"Hoy nos adentraremos en los sulfuros de hierro como parte teórica y después daremos fin al experimento de ayer..."

Ha mejorado su castellano en apenas un mes, se le ha diluido buena parte del afrancesamiento en el acento. Atiendo. Dejo de tomar estas notas a las que después daré cuerpo literario. Quiero ser un artillero de renombre y un inventor todavía no sé de qué.

Pese a que a principios de mayo los días crecen en luz, afuera predomina ya algo más que la penumbra. Mi sentido del tiempo parece haber sido suspendido por alguna de las leyes neuronales que financian la evocación. Me percibo más liviano, próximo a la ingravidez emocional, incluso a pesar de ese sobrepeso que se me ha ido instalando gradual, evolutivamente y, que si no tomo medidas, y drásticas, degenerará en gordura. Consulto el móvil silencioso y constato un número indecente de mensajes y cuatro llamadas

desatendidas de mi mujer. Inmerso todavía en el siglo XVIII, ambientada mi imaginación con carruajes, matraces y levitas, no respondo a ninguno, ni siquiera a las llamadas. Abandono el desván con el libro-cuaderno acomodado, para su mejor conservación, en una cajita de madera que aguardaba su debut en exteriores.

Pese a que mi abuelo hace casi veinte años que no la ocupa, cuando echo la llave e ingreso en el callejón con dirección a la Plaza de San Esteban, la casona despliega toda su potencia de nostalgia y me retrotrae a esos tiempos en los que mi cuerpo competía en estilismo con los juncos y mi abuelo me daba mil pesetas como contraprestación a la visita de cada domingo. Es tarde y debo dejar, momentáneamente, de lado la añoranza y ocuparme de las deudas de un presente que me temo que me deparará algo más que un mohín por parte de Rosalía, mi mujer.

Un frescor injusto para mayo me recibe y maldigo mi desidia por no haber cogido algo más grueso que esta chaquetilla de lana que me remarca la panza si la abrocho.

--oOo--

He vuelto a mi rutina laboral. Los quince días se acabaron revelando insuficientes, ya no sólo para migrar burocráticamente lo de mi abuelo hacia mí, sino para terminar de inventariar y aquilatar una existencia de 96 años de plenitud intelectual. Sin embargo, y pese a que su patrimonio ha engrosado notablemente el mío, mi condición de químico ejerciente me ha hecho retornar a este presente sin caballos, con los artilleros alejados de mi universo cotidiano.

Un cuatrimestre con la chîmia de Proust sigue activo como eje central de mis cavilaciones y ocupaciones extralaborales. El medio libro, medio cuaderno se ha convertido en una obsesión. He intentado prospectar a mi padre para averiguar algo más sobre el origen, pero él ya milita en ese limbo que antecede a la hecatombe de la memoria y forzarle no le

beneficia. Se lo he mostrado, como si les mostrara el dedo incorrupto de Santa Teresa, a mi mujer y a mi hijo, pero ella, por su condición de pacifista y esposa de químico, no simpatiza con lo castrense y tiene aborrecida mi ciencia; mi vástago, a sus ocho años, descansa todavía en un limbo antagónico al de mi padre, ese que antecede a la plena comprensión, refugiado todavía en la inocencia.

He rastreado el apellido "de Martín" y no aparece ninguno en Segovia. Y aunque son unos sorprendentes 434 los que responden como tal en España, y pese a que 89 de ellos se empadronan en la proximidad de la provincia de Madrid, no voy a incurrir en la paranoia de indagar si alguno de ellos tuvo un antepasado artillero llamado Alonso.

Me he entrevistado con el director del Real Colegio de Artillería para trasladarle el descubrimiento de esa memoria docente de la época de Proust entre las posesiones bibliográficas de mi abuelo. Me propuso, con una delicadeza asombrada, donarlo a la biblioteca de la Institución. Tras unos momentos de vacilación, le ofrecí una negativa suave, convencida más que diplomática. Pudo más lo entrañable de la posesión que mi altruismo de potencial donante.

Entiendo que quizá fuera el que me propone el marco más idóneo para hacer reposar el ejemplar pero, conociéndome, sé que ese cuaderno con aspiraciones de libro, será, cuando transcurra el tiempo suficiente, el único vínculo emocional que me retrotraerá a mi abuelo, el resto sólo será memoria. En cambio, el documento me llevará a evocarle cada vez que fije la mirada, y créame que lo voy a situar en un lugar visible de mi casa.

Y añadí que esperaba que lo entendiese. Y añadí también que se lo cedería temporalmente para cualquier exposición. Y no dejé de añadir que podían fotografiarlo página a página. Y finalmente añadí que me estaba volviendo demasiado sentimental.

Y él entendió. Y me aseguró que me lo solicitaría para una retrospectiva de Proust que el Colegio preparaba. Y que también él guardaba un fetiche de cada uno de sus abuelos. Y añadió que la constatación de estar volviéndose demasiado sentimental era el primer

síntoma de la vejez, una primera arruga del corazón que nos sume en la melancolía de quienes vamos dejando de ser.

Cada noche leo un pasaje de esas memorias académicas de quien fuera que fuese Alonso de Martín, un clásico ya entre mi abanico de autores favoritos. Cada noche, estremando el mimo en la apertura de sus páginas, me solazo con los sulfuros de hierro y con los óxidos de estaño, con la combinatoria de los tintes y con los compuestos bertólidos, con ese primer día de calor en la Segovia de 1792 y con lo irrespetuoso que era el aspirante artillero Juan José Gamarra, al que Alonso cita en reiteradas ocasiones.

Admiro la admiración que el autor sentía por Proust y que no olvida reflejar casi en cada una de sus anotaciones diarias. También ahora, para mí, el francés ha pasado a ocupar el primer puesto del escalafón de la camarilla de mis químicos, de mis chímicos.

He puesto a la venta la casona de la Travesía de los Escuderos, demasiada carga inmobiliaria. Pese a que pueda parecer desafección familiar, sólo es practicidad y sentido de la ordenación patrimonial. Para compensar cualquier estallido de los remordimientos he encargado una vitrina de cristal para conservar, por mediación de las memorias de Alonso, a mi abuelo en el salón, para que repare, donde habite, que sigue residiendo no sólo en mis recuerdos, sino en mi cotidianidad, y que acabará de morir sólo cuando yo lo haga.

Pero esos matices de mi intimidad sólo los confesaré cuando escriba mis memorias con la finalidad de que alguno de mis descendientes, seguro transhumanos por entonces, las redescubra 225 años más tarde.